

Escóndense, en efecto, amo y criado tras de un enorme guardacanton y guardan silencio, porque desde luego vieron que los fieles comenzaban á salir de la iglesia. María venia, en efecto, sola y pensativa; pero aunque parecia que su cabeza no se movia, recorria con su vista todos los grupos de jóvenes ociosos que se paran delante de las iglesias para ver salir los percales, y hablar despues largo y tendido sobre si este dibujo fué mejor que aquel, ó aquel mas bonito que este, escepto cuando ya llevan hecha de antemano la eleccion: María venia pensando en el capitan, claro está; y ciertamente que sus reflexiones en aquel momento no eran las mas á propósito para recomendarle.

—Será posible, se decia, que no esté hoy por aquí? ¿Si se habrá cansado ya de mí? ¿Si voluble y olvidadizo como lo son todos los hombres, contará ya nuevos amores?

Estas y otras reflexiones análogas, son las que se elaboraban en el cerebro de María, en la distancia que mediaba desde la iglesia hasta su casa. Llegó, por fin, al dintel de la puerta, se paró, sacó una llave y entró, dejándola entornada: deja su manto sobre una silla, y al mirarse al espejo involuntariamente, esclama: ¡cuán ojerosa estoy! Se acerca á un bastidor de bordado, se sienta, y cuando tranquila contemplaba los progresos de su aguja, y en el momento mismo en que sofocaba un suspiro, oye una voz suave y quedita, que dice: ¡María!

Vuelve la jóven rápida su vista y divisa al capitan Gonzalo, que se le acerca ébrio de entusiasmo: ella quiere rechazarle porque sabe que están solos, porque pueden venir los demás de la familia, y porque su honor así lo exige; pero las palabras y ademanes del capitan, la encadenan de un modo desconocido, y solo tiene fuerzas para decir:

—Dejadme, caballero.

—No es posible, adorada María; me he propuesto jugar el todo por el todo, y aunque hartó conozco á cuanto me espongo, como mi idea no es la de comprometeros, arrostraré con gusto todas las consecuencias de mi arrebato. Necesito hablaros, y no es fácil que se nos presente mejor ocasion.

—Huid, porque pueden venir, y no es justo que mi honra...

—Que nada temais os he dicho, y á fuer de caballero sabré cumplir mi palabra. Necesito hablaros, porque en medio de mi amargura, ese será el único bálsamo consolador que pueda tener mi lacerado corazon. No le negueis tan insigne favor, y permitidme que aproveche estos cortos instantes, tan deseados en mis sueños, tan encantadores para mí.

—Salid, os digo. ¿No percibís mi turbacion? ¿No comprendéis que me estais haciendo daño? ¡Compadeceos de mí!

—Y de mí, ¿quién habrá de compadecerse? ¿O creéis, por ventura, que yo no sufro al veros un dia y otro dia, al comprender en vuestros ojos que me amais y no haberlo oido aun de vuestros lábios? Soy un náufrago que, arrojado por la tempestad en ignotas tierras, elevo mi voz al cielo demandándole amparo, y en vano busco una estrella que me dé razon del punto en que me encuentro. Solo, abandonado á la inclemencia y sin recursos, estiendo mi vista inquieta hácia el horizonte, y ni un bagel, ni una navecilla descubro en que fundar mi esperanza, y en tan duro trance, tan solo reconcentro mis ideas y dirijo al ser Supremo una plegaria mas corta, pero muy elocuente porque parte del corazon, porque es espontánea, verídica, y se reduce tan solo á impetrar su misericordia. Mi cariño, amada María, es tan puro como el cristal de vuestros ojos, y mi pasion tan sincera como el rubor que en este momento se pinta sobre vuestras megillas. Y ¿quereis que despues de tantos trabajos, de tantas privaciones y tantos suspiros por alcanzar el feliz momento de estar á vuestro lado, quiera insensato desaprovecharle, siendo así que Dios sabe cuando se me presentará otro? ¿Quereis, tirana, que me ausente sin declararos mi pasion?

Un año hace que mi alma es tuya, que por tu amor suspiro, que anhelo estar á tu lado; tiempo es ya, bella María, que te apiades de mi suerte, y que oiga de tus lábios ese bendito sí que ha de hacer mi felicidad.

—Vuestro lenguaje, nunca oido; vuestras razones, nunca mas elucidas, comprendo que me arrastran á mi pesar, y temo

que mi pérfido y cobarde corazón haga traición á mis deseos rompiéndose la línea de conducta que me he trazado.

—Nada temais, señora, á mi lado; porque veros, deciros mil ternezas, prodigaros sinceras atenciones y mostraros toda la intensidad de mi amor, hé ahí la única circunferencia, el solo término de mis aspiraciones. Lejos de mí esos sentimientos groseros que abrigan otros hombres corrompidos, y que de seguro no aman como yo, propios de almas terrenales, capaces solo de los placeres sensuales. Hacerme sospechoso de semejantes intenciones, ¿no sería esponerme infaliblemente á vuestro aborrecimiento y á vuestro desprecio?

—Me place oiros hablar así; pero, sin embargo, os ruego que os marcheis: no quiero por mas tiempo escuchar unas palabras que tan profunda sensación hacen en mi alma, que la estremecen toda, y que sofocando el aliento de mi pecho conozco que matarian mi razón. Marcharos.

—Os juro, María, que mi amor...

—Sí, dijo María, interrumpiendo al capitán; el amor abre á nuestros piés un profundo abismo, y tan fácil hace el sendero de su hondo torbellino, que apenas se ha dado en él el primer paso, ya no es posible retroceder; mas diré, que aquel que un punto cede, ya no le es dable detenerse; y si llega á vacilar, su mente se fascina, y cae en el abismo cual inocente avecilla en las fauces del venenoso reptil. ¿Qué mas quereis? Os confieso que yo misma, en este instante, al escuchar vuestras sentidas frases, al herir vuestros acentos mis sentidos, al miraros cerca de mí, vacilé, y entre mi sensación y mis deberes, se establece una lucha cruel, cuyo resultado es pensar solo en vos.

—No digais mas, encantadora María; no digais mas; esas palabras que acabais de pronunciar, escitan mi eterna gratitud, y desde que las he oido, me contemplo el mas feliz de los mortales. No vayais á creeros débil, ni mucho menos culpable por esa lucha que os hace vacilar. ¿Quereis saber cuál fué la causa que la motivó? Pues habeis de saber que eso consiste en que el amor es una emanación celestial, cuya lumbre, pura y trasparente ilumina siempre á los seres felices, porque es la prueba

mas irrecusable de la existencia de Dios. ¿Creeis, por ventura, que pueda existir nada sin amor? Tornad vuestros ojos hácia esos campos que la mano del Omnipotente alfombra de pintadas flores y saludables frutos; tornadla, y vereis á la tímida oveja, á la cándida gacela, á la tigre vengativa, y cuanto en el mundo vive y tiene aliento y ser; en todo vereis brotar el santo fuego del amor. Mirad ese arroyuelo qué claro murmura; y ¿quereis saber por qué? Pues murmura, porque ama. Mirad esas preciosas aves que cruzan el espacio; escuchad sus gorjeos, y no tardareis en percibir que nos cantan amor; mirad esas flores que el aire embalsama con sus distintos aromas; vedlas inclinarse unas á otras determinando una preferencia incompresible en sus movimientos. ¿Creereis, acaso, que todo esto sea casual? Nada de eso; consiste en que tambien las flores saben amar. Y grandes y chicos, y reyes y esclavos, todos doblan su cerviz á impulso del amor, porque todos nacieron del llanto de la primer mujer. ¿Creeis, por ventura, que pueda existir un poeta sin amor? ¡Oh, amor! ¡tú no habitas sobre la tierra, ni en los ojos negros de la idolatría, que se baña en las aguas como el cisne, ni en los ojos azules de la hija del Albion, que languidecen lentamente en la pupila sin que pueda adivinar lo que siente su corazon! Eres el vaso vedado del Paraiso terrenal. ¡Ay de la mano atrevida que te toque, porque desapareceria para siempre las ilusiones! ¡Ay del lábio ardiente que te devore, porque ha de maldecir la suavidad de tu aroma y el encanto de tus colores! Imágen misteriosa que te desvaneces cuando te se alcanza; flor que brotaste en la imaginacion, y que te deshojas tan pronto como te acercas á la realidad; oasis fantástico, que mueres en cuanto el ermitaño del desierto se aproxima á tu sombra, del mismo modo que las nubes aéreas, impedidas por el viento abrasador del desierto. ¡Amor casto, puro y sublime, hijo del cielo; tú, que como de esencia divina, elevas el alma hácia el lugar de que vienes; tú que llevas por atributos la noble generosidad, la santa abnegacion y el sublime egoismo, ilumina mi frente y dame el valor suficiente para soportar el peso de tanta felicidad!

—Retiraos, por Dios, dijo María con voz suplicante á Gonzalo.

—Dispensadme, alma mia, si en el calor de mi espresion, pudo escapárseme alguna palabra que ofendiese vuestro pudor, aunque el entusiasmo mismo de vuestra tímida, pero elocuente declaracion, es mi mejor escudo en esta ocasion, y desde luego cuento con vuestra indulgencia.

—No es eso, mi querido Gonzalo; es que tengo miedo.

—Fija tus ojos en mí, aunque solo sea un breve instante.

—Salid, os ruego, que el tiempo ha volado con harta rapidéz y que temo os encuentren aquí.

—Marcharé; pero antes quiero saber de vos misma si me prometeis escucharme, siempre que la ocasion me permita juraros mi eterno amor. ¿Qué es eso? ¿No respondeis?

—Es que yo soy muy poco crédula.

—¿Podré veros?

—Tal ved; reparad que soy huérfana y no debo abusar de la hospitalidad que en esta casa recibo.

—Si vos sois huérfana, yo soy hombre de bien.

—Soy pobre además.

—Y yo soldado.

—Ignórase mi linaje.

—Y qué importa, ¿no somos todos hermanos?

—Tened cuenta que esta es la primera vez que amo.

—Y yo la última, te lo juro por mi honor.

—¿Me amas?

—Algo creo haberos dicho ya.

—Mi amor es digno de correspondencia.

—Es decir que puedo contar con vuestro amor.

—No con amor, repuso el capitán, sino con frenesí, con locura, con el volcán embravecido que puede existir en el pecho de un hombre. ¡El júbilo me ahoga, adorable María!

—Silencio, que oigo ruido...

Y al pronunciar estas palabras, la voz de María estaba alterada. Su talle flexible se adivinaba en su postura, abandonada y negligente. Sus cabellos, del mas severo negro y tan abun-

dantes como sedosos, ondeaban juguetones como los de las síbilas en éstasis: henchido de impresion su seno, levantaba convulsivamente sus vestidos; y sus ojos, del mismo color que sus cabellos, parecian confundirse. Ora fuesen gotas de vapor, condensadas en sus largas pestañas ó lágrimas de placer, vertidas de sus ojos por la emocion, lo cierto es que algunas gotas de esa lluvia del alma, brillaban y rodaban de sus párpados. La arrogancia y la sensibilidad, el orgullo de ser querida, y la satisfaccion de haber vencido en su primer combate amoroso, luchaban en su rostro admirablemente equilibradas: su frente era varonil, y en su pequeña boca, y en sus lábios móviles y esmaltados, se veia dibujada la impresion de la sorpresa. En sus megillas, pálidas por la impresion de aquella tierna escena, y algo adelgazadas por la preciosidad del pensamiento, se ostentaba una magestad virginal é imponente, un aspecto amable y severo que inclinaba al respeto y á la admiracion. Tal era el carácter de la fisonomía de la huérfana en aquellos solemnes instantes, tal vez los mas azarosos de su vida, pues careciendo de esperiencia, atravesó uno de esos momentos en que, si la cabeza no manda al corazon, la virtud desaparece; y mientras mas se contemplaba aquella figura tan perfectamente delineada, mayor interés se sentia hácia ella. A no ser tan morena, María hubiera sido demasiado embriagadora, porque el color marmóreo solo sienta bien á las bellas estátuas que viven, y á los cuerpos muertos.

Las últimas palabras de María, al separarse de Gonzalo, acabaron de retratar toda su emocion; porque despues de tan solemne declaracion, acto imponente y temido aun para muchos hombres cansados ya de vivir, la infeliz María ignoraba cuál pudiera ser su estado presente, y cuál su porvenir.

Oyóse ruido, y María, turbada hasta el extremo, é impulsada por una fuerza secreta é irresistible, cuando Gonzalo esperaba tan solo la repeticion de aquellas tiernas palabras, que le decian que era amado, se halló con otra cosa inesperada, mucho mayor, mucho mas sublime, mucho mas embriagadora para su alma, puesto que María, con voz entrecortada, y abandonándole su aterciopelada mano, le dijo:

—¡Saldré á las diez!

—Te esperaré, dijo el capitán, enajenado de placer.

—¿Me olvidarás? repuso María en voz baja, pero encantadora mágica para los oídos de Gonzalo; á lo que este contestó con todo el ardor del amor.

—¡Jamás!

Dijo: y salió precipitadamente de aquella estancia donde tantas y tan grandes emociones acababa de experimentar.

No hay por qué decir si su exaltada imaginación le acompañaría con imágenes deliciosas y esperanzas placenteras; no hay por qué decir el estado de Gonzalo en aquel momento. ¡Quién no habrá experimentado en el discurso de su vida esos momentos sublimes y majestuosos de nuestra existencia! Amar y ser amado: hé aquí el primer deseo de un corazón jóven; la piedra fundamental de lo que llama su felicidad; el arca santa en que se encierran sus primeras aspiraciones.

María quedó sola; quedó reflexiva y satisfecha porque ningún remordimiento la acongojaba; sentía latir su pecho con violencia, y experimentaba grande satisfacción, mas grande que la que suele experimentarse en tales ocasiones; porque una hija de familia al comprometer su corazón, al esperar dar su mano al hombre que ama, puede y debe dirigir al propio tiempo su pensamiento hácia sus padres, si bien es cierto que rara vez tienen las niñas tan sublimes ideas, puede y debe acordarse del trato que constantemente ha recibido al lado de los que le dieron el sér, y comprender que el amor de un marido, por bueno y santo que sea, nunca puede ser comparado, ni en su origen, ni en su desinterés, ni en su constancia, con el amor de los padres.

María, por fortuna suya, no se hallaba en este caso, antes por el contrario; alejada desde su nacimiento del regazo materno, abandonada á manos estrañas y mercenarias, querida, digámoslo así, artificialmente, por una familia que no era suya, hallábase aislada en el mundo, sin deudos, sin amigos, reconcentrando su cariño en sí misma, y anhelando por la misma razón tropezar en este valle de lágrimas con un corazón que com-

prendiera el suyo, con un alma que, identificándose con la suya, viniese á formar una sola que interpretase sus sentimientos, que existiera dentro de su cuerpo mismo.

Quedóse sola, y su primer pensamiento fué dar gracias á Dios porque era amada, porque en el capitán había hallado una mano amiga que podía enjugar sus lágrimas. Ya no estoy sola en el mundo, se decía, como ahora poco lo estaba, y quiera Dios que el amor de Gonzalo sea verdadero, sea estable; quiera Dios que nunca me falte, pues de ser así preferiría la muerte: tú, madre de Dios, la única que en mi desgracia he conocido, vierte un rayo de ventura en mi solitaria vida, que preste aliento á mi espíritu, que fecundice mi alma, que enjague mis tristes lágrimas, ó acabe desde luego con mi existencia.

En nuestra educacion, proseguia meditando, diríase que no se proponen otra cosa que hacernos propias para el amor: esta es tambien la única pasion que se nos permite, y por una estraña contradiccion no nos dejan adquirir mas que una gloria, la de resistir á esa misma inclinacion. ¿Cómo, pues, arreglarnos para conciliar estos dos extremos? Las mujeres somos muy sencillas, y al comenzar á vivir para el mundo, nos imaginamos que nuestra mayor felicidad es la de amar y ser amada. Suponemos que el amor está fundado en la estimacion, sostenido por la conciencia de apreciables cualidades, purificado por la pureza de los sentimientos, desprendido de todos los miramientos interesados que se le atribuyen, mantenido por la confianza y por las expansiones del corazon, pero segun veo esta idea tan lisonjera no existe en la realidad. A cada paso oigo hablar de la inconstancia y de la falsedad de los hombres: dícese que casi todos acometen á las mujeres con el objeto de hacerlas servir de diversion, ó de sacrificarlas á su vanidad; unos para llenar el vacío de una vida ociosa; otros para crearse una especie de reputacion, fundada en la pérdida de la nuestra; pero, ¿cómo distinguir el oro del similar? Yo no dudo de las intenciones de Gonzalo, de su amor, de su constancia; pero, ¿y si soy víctima de un engaño? ¿De qué modo distinguir el falso del verdadero amor? Los hombres todos son iguales al exterior, y el que se



El P. Luis.

finje enamorado se presenta á veces mas interesante que el que en efecto lo está. Cerremos, pues, los ojos sobre el particular, vivamos de ilusion como en todos los pasos de nuestra vida, y admiremos al que dijo que el matrimonio es una lotería, en que salen premiados muy pocos números.

Por otra parte, nosotras tenemos necesidad de hacer del amor un negocio capital, al paso que los hombres le consideran como un juguete: rara vez nos confiamos á una persona sin amarla, mientras ellos no tienen reparo en entregarse sin inclinacion. Nosotras hacemos un deber de la constancia; ellos ceden sin escrúpulo al menor disgusto.

Aquí habian llegado las meditaciones de María, cuando entró en casa D. Diego de Mendoza en compañía del P. Luis, cuya interesante historia recordarán nuestros lectores, así como el importante papel que desempeñó en el drama que tuvo lugar en el convento de las Palmas. María se acercó al fraile, y medio arrodillada le besó la mano.

Desde que Fr. Luis de Sandoval habia soltado ciertas expresiones, que llamaron la atencion de D. Diego, este procuró ver al fraile, con ánimo de averiguar cuanto pudiese respecto de su mujer, pues le parecia, en efecto, bien chocante que un marido supiera menos de la historia de su mujer, que un extraño, lo cual, dicho sea de paso, era una solemne puerilidad en un hombre de esperiencia como lo era D. Diego, y que en su vida de soldado es fácil que él mismo supiera algun secretillo de mas de una mujer casada, las cuales se guardarian muy bien de revelarlos á sus respectivos maridos.

Saludó el P. Luis con estremada amabilidad, á la huérfana, cuando esta le hubo besado la mano; tomó asiento, y aguardó, bien arrellenado en su sillon, la llegada de la suculenta jícara de chocolate que se le daba siempre que se presentaba en cualquier casa.

D. Diego de Mendoza se hallaba ya al corriente de todo cuanto le habia ocurrido á su mujer antes de casarse con él, porque el P. Luis queria influir en su ánimo, con el objeto de templar la irritabilidad que le habia causado la lectura de la carta que

su mujer le dejó cerrada al morir, así como el volcan que se encendia en su pecho tan pronto como oia pronunciar el apellido de Luna. Si Margarita no hubiese muerto, y si ella misma no hubiese puesto al corriente á su marido, arrojando sobre sí toda la culpabilidad de su primera falta, el P. Luis, como hombre de mundo y de talento, se hubiera guardado muy bien de quitarle la venda de los ojos; pero las cosas habian llegado ya á tal altura, que si Mendoza por su parte buscaba al P. Luis, este por la suya deseaba tambien encontrarle: ambos tenian su objeto; pero el del fraile, en esta ocasion, no tan solo era digno de disculpa, sino que á nuestros ojos nos parece hasta laudable.

Ambos amigos se comunicaban con expansion; ambos se contaban sus aventuras, y como la vida de estos dos sugetos, sobre todo la del fraile, era un conjunto de sucesos á cual mas interesantes y estraordinarios, de ahí la fraternidad que llegó á existir entre ellos y la confianza que reinaba en su conversacion.

Mendoza habia contado al fraile todo lo ocurrido cuando en la procesion se perdió su hija Luisa, lo cual fué escuchado por aquel con un interés creciente, sobre todo cuando despues de oir las sangrientas escenas de la calle de San Isidro, supo el espontáneo arrepentimiento de Juanillo. Habian discurrido ambos amigos, y moralizado y discutido sobre los efectos del arrepentimiento en el hombre criminal siempre que sea sincero y espontáneo, y el P. Luis, escitado por el asunto, prometió narrar á D. Diego un caso sumamente interesante sobre el particular, y estrechamente enlazada con la historia de San Luis, obispo en Madrid.

Entraron, pues, ambos amigos, y habiendo rogado Mendoza á su amigo el fraile que no se olvidara de lo prometido, dijo este mojando el primer bizcocho en el chocolate; lo contaré cuando haya dado el último sorbo y bebido el agua, pues comiendo no me gusta hablar, y así daremos tiempo á que venga Luisa, y si posible fuera el mismo Juanillo, pues convendria mucho que lo oyera. Llegaron, en efecto, Gaspar, Casilda y Juanillo, y formando corro, despues de haber besado la mano

al R. P. Luis, se dispusieron todos á escuchar. Sacó este la caja de rapé, y despues de haberse enderezado en las narices dos buenos polvos, habló de esta manera: ni mas ni menos que si fuese á predicar un sermon.

Hijos míos: así como nunca debemos arrepentirnos de hacer bien, así el arrepentimiento viene á ser considerado como una virtud; y mas que el sentimiento del daño que podamos haber causado, es el temor del que pueda resultarnos: por eso el arrepentimiento se personifica por medio de un hombre afligido y lleno de silicios, contemplando en un espejo las manchas de su corazon, por eso se le pinta tambien bajo la forma de una enlutada matrona volviendo su rostro hácia la verdad, y llorando de dolor y de vergüenza.

Chacun s'égare, et le moins imprudent

Est celui-la qui plutot se repent.

Dijo un escritor francés, y que en castellano quiere decir:

Todos faltan, en verdad,
pero es siempre el mas prudente,
el que mejor se arrepiente.

Y tal es la importancia que nuestra religion presta al arrepentimiento, que se considera al nivel de la inocencia: como al cordero que borra los pecados de este mundo. Y comienzo de esta suerte mi discurso, porque sé que está presente Juanillo, en otro tiempo criminal, hoy arrepentido de corazon, quien si es franco nos confesará que en un principio se le representó el arrepentimiento como un verdugo de la justicia divina clavando en su seno un aguzado puñal, y que aborreciendo despues su conducta pasada, ese mismo verdugo se trocó en el mas dulce consuelo, inundando sus ojos de lágrimas y haciendo que de su pecho saliesen hondos suspiros. ¿No es así, Juanillo?

—Así es, padre mio, dijo contrito el jóven.

—Pues bien, prestadme atencion, y de paso os instruireis en la interesante historia de San Luis, obispo, que está en Ma-

drid en la calle de la Montera. Habeis de saber que serian poco mas ó menos las doce de la noche del dia 20 de febrero de 1500, y en medio de la entonces reducida Plaza Mayor se levantaba un cadalso. El tiempo era frio y húmedo, y sin embargo, una numerosa concurrencia contemplaba estasiada los trabajos de los obreros; los repetidos martillazos de los carpinteros se confundian con la infernal algazara de los espectadores que se citaban para presenciar á la mañana siguiente la ejecucion de una sentencia de muerte.

Terminada la ereccion del patibulo subió á él un hombre con un sombrero hongo en la cabeza y una capa negra; en la copa del sombrero se destacaba un objeto que la oscuridad no dejaba percibir: el hombre era el verdugo, y la cosa del sombrero una escalerita; padron perenne de ignominia para todo el que tenia que usarlo; muestra indeleble que rechaza á aquel sugeto de la sociedad, y eso que entonces el oficio de verdugo era un cargo obligatorio que se trasmitia de padres á hijos, ni mas ni menos que un título de nobleza. ¡Injusticia manifiesta! ¡Abuso gubernamental! Inconsecuencia indisculpable de la misma ley, que despues de obligar á un hombre á desempeñar el triste oficio de ejecutor de la justicia, haciendo que tiña sus manos en la sangre de sus semejantes, acaso contra su voluntad, y rechazándolo sus sentimientos, le dice acto continuo: *huye de la sociedad, porque el oficio que desempeñas se hace indigno de alternar con tus consócios; y para que nadie dude de quién eres, te mando que constantemente lleves ese signo en el sombrero para que todos huyan de tí.*

Subió, como hemos dicho, aquel hombre al cadalso, examinó detenidamente la parte arquitectónica de aquella máquina de muerte, y cuando se hubo cerciorado de que todo estaba en regla, se ausentó. La muchedumbre, en su brutal curiosidad, hubiera querido presenciar otro espectáculo: mas como esto no podia tener lugar sino al dia siguiente, hubo de conformarse y pasar su bárbara impaciencia en cualquier otro punto hasta que hubiesen trascurrido aquellas pocas horas, muy largas para ellos, pero ciertamente muy cortas para el infeliz que, en la ca-

pilla y al lado de un crucifijo y un confesor, contaba los instantes de vida que le restaban... Si es que el cálculo es posible en tan duro trance.

Pero como en la marcha inmutable de la naturaleza las noches han de suceder á los dias, y estos á aquellas, aconteció lo último, y al dia siguiente amaneció claro cual si quisiera favorecer la lúgubre ceremonia; cual si tratase de iluminar mejor las postreras horas de un desgraciado. Un destacamento de las tropas walonas rodeaba el sitio de la ejecucion, impidiendo que el pueblo invadiese la fatal gradería por donde habia de subir el delincuente; pero el pueblo se impacientaba por la tardanza del reo: nuevos espectadores entran apresurados en la Plaza, y al propio tiempo que se buscaban un sitio á su gusto, anunciaron la llegada de aquel. Todas las cabezas se vuelven como movidas por un resorte hácia la puerta de Guadalajara por donde debia llegar.

Y así era en verdad: rodeado de varios ministros del Altísimo, entre dos hileras de soldados, vestido con una chia blanca, triste donativo de doña Beatriz Galindo, vulgo Latina, y la cabeza desnuda y ademan contrito, se ve aparecer mústio y abatido al infortunado reo. Su paso es tardo y mal seguro.

Al descubrirlo la multitud pone término á las intempestivas conversaciones que la ocupaban, fija sus miradas en él y observa atentamente sus movimientos.

Las mujeres, á quienes un acto de esta naturaleza, acto imponente y aterrador, y que tanto desdice de la delicadeza de su sexo, debieran huir de él, no acordándose de este linaje de espectáculos, tan repugnantes como tristes, veíaselas, sin embargo, allí pugnando por ocupar un sitio que les parecia mas cómodo, procurando por conseguirlo riñas y disputas que ofenden la moral y atestiguan la cultura de la época.

Llegó la comitiva al cadalso.

El reo pone el pié en el primer peldaño de la escalera fatal que conduce al tablado. El ejecutor de la justicia ocupa ya su puesto, tan frio é impassible cual si fuese una estatua. Entre los sacerdotes que acompañan al reo, uno hay que se distingue

entre todos, no tan solo por su traje que es de sotana negra, corta y abrochada por delante, manto mas corto, sin alzacuello y un bonete puesto, sino por su religiosa presencia y el cuidado que pone en que el reo no pierda una sola de las palabras que le dirige; era el bendito P. Francisco Caracciolo, mas tarde canonizado: el pueblo calla, pero es porque en su silencio está contando los minutos que le quedan al sentenciado. Una turba de rateros, ó sean tomadores del dos, á pesar de haber presenciado aquel acto de la justicia humana, prosiguen ejerciendo su oficio y sacando relojes y pañuelos á los que con el sudor en la frente habian corrido á ver quitar la vida á un semejante suyo. Allí, en medio de una turba de agrupadas gentes, se ve á un padre que espera impaciente el acto de la ejecucion, para en seguida arrimar una senda bofetada á su hijo, no para que se acuerde de aquella fatal escena, sino para que no se olvide que su padre le pegó un bofetón.

El sentenciado dirige al pueblo algunas frases, todos interpretan sus palabras, y ninguno es fiel narrador de ellas. Acercóse á la fatal escalera de mano; pero antes de subir con el verdugo ruega á su director espiritual que tome una cruz de oro que pende de su cuello, hácelo así el religioso Caracciolo, y el reo le dice algunas palabras al oído.

Sube por fin la escalera de la expiacion, deja que el verdugo le eche la cuerda al cuello, encomienda su alma al Eterno, demanda una buena muerte... y de allí á poco el ejecutor y el ajusticiado penden de la cuerda y comienzan á dar vueltas; el primero sacude fuertemente con sus piés el pecho del segundo... sus brazos y sus piernas se estiran... su rostro se amorrata... ¡ya no existe!

Las mujeres, poco antes insensibles, se lamentan ahora de que se haya terminado el espectáculo. Y no falta un filósofo que despues de haber estudiado muy bien aquella escena, y hecho aplicaciones lógicas respecto de su resultado en bien de la humanidad, que despues de haber observado atentamente todas sus peripecias, estudia tambien las tendencias del pueblo. A todo esto los ministros de justicia son relevados por los hermanos de

la Caridad. Cuatro centinelas custodian el cadalso y contienen los ímpetus del pueblo, que pugna por arrimarse á un cadáver. ¡A dos pasos del cadalso dos muchachos parodian al verdugo!

Retíranse los curiosos; las escenas de la vida tornan á su uniforme curso. Llega el siguiente dia, y el sitio que ayer ocupaba un cadalso, es hoy trasmitido por los mismos que presenciaron la justicia. Hablóse de esto como de un espectáculo cualquiera, y muy en breve, desgraciadamente, se olvida.

Pero vosotros querreis saber quién era aquel reo, cuya vida ha merecido los honores de que yo os lo relate, y aun acaso me preguntéis: ¿qué relacion hay entre la ejecucion que acabais de narrar y la iglesia de San Luis obispo? Y sin embargo, nada mas fácil que satisfacer vuestra justa curiosidad, toda vez que para ello no tenemos mas que escuchar la conversacion que mantienen tres individuos que se hallan al dia siguiente en el sitio de la ejecucion, ocupados en contar una historia que, por lo curiosa y verdadera, fué digna de la celebridad que alcanzó en aquellos tiempos, y digna tambien de que nosotros la saquemos del polvo en que yace tres siglos há.

Oigamos al narrador, hombre de buena presencia, y que por los azabaches que brillan en su capa, por la pluma de su sombrero y por el lujo de su tizona, revela ser hombre de no baja estofa. Habla con otros dos grandes casacones y sus correspondientes espadines atravesados por la cintura.

— Sí, señores, decia; yo sé perfectamente la historia de ese hombre, como que el mismo P. Caracciolo, que ha venido á Madrid á fundar una casa religiosa, me la ha contado.

Héla aquí.

Quando la iglesia llamada hoy de San Luis obispo era tan solo una ermita en despoblado, fundada en 1418 por Juan Sanchez, de Sevilla, contador del rey D. Juan II, porque habeis de saber que el sitio en que hoy está la iglesia se llamaba entonces el Somo de las labores de Fuencarral, ó sea los picos de la Montera; introdújose cierta noche en ella un famoso bandido de aquellos tiempos, llamado *el Temeron*. La imágen tenia varias

alhajas de valor que en otro tiempo le habia regalado D. Enrique, conde de Montealegre, sin contar las que varios fieles habian agregado, escitando todas ellas la codicia del ladron. Cuando este se ocupaba en llevar á cabo su proyecto, echó de ver que el ermitaño, guardador de aquel santuario, le habia descubierto y aun se disponia á reconvenirle: entonces él, bajando del camarín de la vírgen, sacó un puñal y amenazó de muerte al devoto guarda, quien hubo de presenciar callado el sacrilego despojo que se estaba haciendo.

La figura del ermitaño en aquel momento era imponente y majestuosa: apoyado en su vetusto báculo, cubierta su desnuda frente con el tupido capuz, inclinado el rostro sobre el pecho, divisábase tan solo una nevada y espesa barba; mas este estado de postracion duró poco, porque observando la salida del ladron con el talego del robo al hombro, vióse como iluminado, y concibió el proyecto de seguir sus pasos, y así lo hizo; medida que no fué infructuosa como mas tarde se verá, toda vez que se enteró perfectamente del sitio en que se ocultó el sacrilego.

Poco mas de dos años habrian trascurrido desde este suceso cuando un caminante, que cabalgando pasaba de Alcovendas á Madrid, atravesaba muerto de miedo, en la oscuridad de la noche, los solitarios montes: el cielo estaba encapotado, el planeta romántico negaba su luz á la tierra, y el viento que de vez en cuando agitaba las altas copas de los árboles, les hacia asemejar á otros tantos fantasmas que parecian inclinarse al paso de nuestro temeroso caminante; y ciertamente que sus temores no eran infundados, pues al entrar en una estrecha vereda apareció *el Temeron*, y asiendo á la mula de la brida le mandó apear. Hizolo así el viajero, y de repente se vió rodeado de varios ladrones que, despues de despojarle de cuanto llevaba, le dejaron tan solo con los calzones y le ataron á un árbol, llevándose mula y efectos.

Solo allí, helado de frio y con su imaginacion ocupada aun en la cruel aventura, sin mas amparo que el cielo, rogaba al Todopoderoso le sacase de tan angustioso estado: mas de una

vez encomendó su alma á Dios, porque el ahullido lastimero del lobo que pasaba cerca de él, erizaba sus cabellos y le cubría de terror, y el paso veloz é incierto del jabalí, cuyo sedoso pelo se rozaba con él, le colmaba de espanto.

Desde la eminencia en que se hallaba (hoy cuesta de Santa Bárbara) divisaba aquel infeliz un extraño pero refulgente resplandor que salía de la parte baja de aquella montaña; era el de la lámpara de la ermita, y arrancando un grito de dolor y de esperanza, exclamó: *¡consuelo madre mia!* y la luz brilló entonces con mas vigor: de allí á poco se le acercaron unos hombres, sin duda individuos de la Santa Hermandad que iban en persecucion de los bandidos, los cuales le desataron, y despues de cubrirle sus carnes con algunas ropas, le llevaron camino de Madrid.

Preguntáronle los pormenores del suceso, que relató con la elocuencia y veracidad que presta el infortunio, y habiéndole dicho que le acompañarian hasta su casa, no lo permitió, sin haber antes entrado en el santuario, con ánimo de tributar gracias á Nuestra Señora por haberle sacado de tan duro trance. Consintieron en ello los cuadrilleros, y de rodillas todos ante aquella sagrada imágen, el infeliz caminante no se hartaba de dirigirla las mas ardientes espresiones de gratitud que su corazon le dictaba. La ermita era reducida, y la sagrada efigie solo se veia alumbrada por dos luces de aceite, única claridad que existia en todo el santuario: ni tampoco habia mas fieles que los de nuestra historia; pero aquella dudosa luz, y aquella escasez de devotos, eran edificantes y presentaban el cuadro mas religioso é interesante. Con el sentimiento de la divinidad todo es grande, todo es sublime, todo se hace fácil aun en la vida mas humilde. Él personifica la estatuaria y nos la rodea de majestad y brillo; él aleja de nosotros la desgracia, y haciendo renacer en nuestros corazones la esperanza, alivia el infortunio; sin él todo es débil y amargo aun en el seno mismo de la opulencia: ¡desgraciado del que al contemplar aquel sitio y aquellos hombres no reconociera la bondad de Dios! Lágrimas de gratitud caian limpias y abundantes de los ojos del via-

:

jero; sus oraciones eran sinceras y tan verdaderas, que llegaban al alma, porque recordaban cuáles eran las invocaciones dirigidas á la madre del dolor; la humillacion del pecador en la presencia del que nos envia nuestros infortunios y nuestras felicidades; porque traian á su memoria la inmensidad de lo infinito cuando fuertemente amarrado á una encina veia perderse sus acentos en el horizonte, amenazada su vida y sin mas consuelo que la luz que se le apareció. Rogó, pues, á la Virgen con el dulce nombre del *Consuelo*, y se levantó de allí conmovido ante la grandeza de aquella á quien habia invocado, y que, magnánima y bondadosa, le habia favorecido.

Este hombre contaba con una fortuna mas que mediana, y tan luego como se hubo enterado del robo de la imágen, la regaló otras joyas y otra diadema, poniendo en su capilla una tabla, en que se pintó el suceso de que acababa de ser actor principal. Tal fué el origen del título del *Consuelo* con que aun hoy se venera la imágen de este nombre que hay en la iglesia de San Luis.

Algun tiempo despues aquel famoso ladron fué preso por los cuadrilleros y condenado á horca; el mismo que ayer habeis visto ejecutar en este sitio; y como el tal *Temeron* se resistiese á confesar, el diestro Caracciolo le hizo besar una cruz de oro que aun tenia en su poder, único resto del sacrilego robo, diciéndole: si no sentia nada al tiempo de arrimarla á sus lábios. Ensayólo varias veces el delincuente, y acabó por confesar que en medio de su incredulidad, y al aplicarla á sus trémulos lábios, experimentaba una sensacion de *consuelo* que no sabia explicar. A lo que repuso el santo fundador: *pues bien; ese es el título de la virgen que despojaste: invócala con fervor para que te asista: olvida que en tu delirio hicistes una cosa cuya idea te hubiera estremecido en tu sano juicio.* Esto bastó para llevar al reo por el buen camino, y por eso le habeis visto subir al patíbulo tan sumiso y resignado.

El auditorio de Fr. Luis quedó sumamente complacido con la relacion que acababa de hacerle, y todos estaban meditando sobre lo que acababan de oir, escepto Juanillo, que, cubierto su

rostro con ambas manos, lloraba como un niño. Notólo el Padre Luis, y dirigiéndose á él, le dijo :

—Esas lágrimas te honran, hijo mio; viértelas sin rebozo, porque Dios, en su inmensa misericordia, sabe apreciarlas.

Despidiéronse todos del fraile, á quien Gaspar y Juanillo acompañaron hasta el pueblo inmediato, y quedaron solos en la habitación D. Diego y María.
